

su severidad irritó tanto al pueblo romano, que después de su muerte arrojó su estatua al Tiber. Formó la *Regla de los teatinos* en unión con san Cayetano, é instituyó, según se dice, la congregación del Índice.

PAULO V (CAMILO BORGHESE), sucesor de Leon XI, papa de 1605 á 1621, tuvo con Venecia una célebre disputa, que terminó por la mediación del rey de Francia Enrique IV (1605-1607), con la espulsion de los jesuitas de aquel estado; cortó, sin decidir las disputas de los dominicanos y de los jesuitas; dió la última forma á la bula *In cava Domini*, llamada bula de Paulo V, por la cual fueron escomulgados los husitas, los wiclefitas, los luteranos, los zwinglianos, los calvinistas, etc.; y también los cismáticos, los piratas, etc. Embelleció á Roma, acabó el frontispicio de San Pedro, y el palacio de Monte Cavallo Quirinal, y se distinguió por su ilimitado nepotismo.

PAULO ó PABLO DE SAMOSATA, obispo de esta ciudad, su patria, y después patriarca de Antioquia (260), fué autor de una herejía que consistía en negar la Trinidad divina y la divinidad de Jesucristo. El papa san Félix convocó un concilio que se reunió en Antioquia bajo la presidencia del patriarca de Jerusalem, en el cual fué escomulgado (270). Sus partidarios se llamaron Paulianistas, pero desaparecieron en el siglo IV.

PAULUS (PETERS), hombre de estado holandés, natural de Axel, nació en 1754, murió en 1796; fué primero consejero y abogado fiscal del almirantazgo del Meuse, y fomentó la marina de su país. En 1787 tuvo que abandonar por su oposición al estatutero, y se refugió en la corte de Versalles: volvió á Holanda en 1795; presidió la asamblea de los representantes provisionales de la Holanda, y negoció el tratado de paz entre este país y Francia. Dejó algunos escritos políticos.

PAUSANIAS, célebre general lacedemonio, hijo del rey de Esparta Cleombrotos, gobernó el reino durante la menor edad de Plistarco, hijo de Leonidas y primo suyo (479 antes de Jesucristo), ganó la célebre victoria de Platea (479) y libertó las ciudades del Asia menor de la dominación de los Persas; pero empuñó su gloria dando oídos á las proposiciones de estos, y concibió el proyecto de hacerse, apoyado por ellos, el tirano de su patria. El senado lo llamó denunciándolo á los éforos, y convencido de su traición fué condenado á muerte; se refugió en el templo de Minerva, cuyas puertas tapiaron inmediatamente y murió en él de hambre el año 477. — Otro Pausanias, nieto del anterior, reinó en Esparta de 409 á 397 y mandó algunas expediciones contra Ática; pero no habiendo correspondido el éxito á los deseos de los Lacedemonios, tuvo que abdicar, y se retiró á Tegea, donde murió al poco tiempo.

PAUSANIAS, escritor griego que vivió en Roma en el siglo II, donde murió en edad muy avanzada. Escribió el año 174 de Jesucristo un *Viaje histórico á Grecia*, que es una de las obras más preciosas de la antigüedad, lo mismo para el geógrafo que para el historiador y el anticuario.

PAUSIAS, pintor de Siciona, sobre 360 años antes de Jesucristo, fué discípulo de Dáscilo, y adquirió grande reputación en

la pintura llamada encáustica. Siendo joven se enamoró de una ramilleteira llamada Glicera, y la pintó sentada y coronada de flores, lo que hizo dar á este cuadro el nombre de *Stephanoplocos*.

PAUW (J. CORNEILLE DE), filólogo, nació en Utrecht el año de 1680 y murió hácia 1750; fué canónigo de San Juan, y se aprovechó del tiempo que le dejaba desocupado esta prebenda para cultivar las bellas letras. Hizo ediciones de gran número de autores griegos. Negaba la autenticidad de las poesías de Anacreonte; tuvo vivas disputas con muchos sabios, especialmente con Orville. (Véase este nombre.)

PAUW (CORNELIO DE), sabio de Amsterdam, nació en 1739, y murió en 1799; era canónigo de Xanten y tío de Anacarsis Clootz.

PAVENTIA, diosa del terror, que se invocaba para librarse de él. Las madres y las nodrizas le recomendaban los niños. (Véase PAVOR.)

PAVILLON (NICOLÁS), obispo de Alet, nació en París en 1597 y murió en 1677 á la edad de 80 años. Era compañero de san Vicente de Paul, se distinguió como predicador y en 1639 fué consagrado obispo. Incurrió en la desgracia de Luis XIV por haberse opuesto á sus proyectos en el asunto del regío patronato.

PAVILLON (ESTEBAN), poeta, sobrino del anterior (1632-1705), fué abogado general en Metz y miembro de la Academia francesa; tenía talento y mucho gusto. Ha dejado poesías del género de las de Voltaire.

PAVILLON (JUAN FRANCISCO DEL CHEIRON DEL), marino francés, nació en Perigueux en 1730, murió en 1783; fué mayor general de la armada á las órdenes del conde de Orvilliers; perfeccionó el sistema de señales, mandó varios buques con honor y pereció á bordo del Triunfante, de la escuadra del marqués de Vandreuil. Escribió una táctica naval, 1778.

PAVOR ó MIEDO, afección del ánimo de que los Romanos habían hecho un dios, el cual estaba acompañado de otro llamado *Pallor* ó Palidez. Tulo Hostilio, tercer rey de Roma, fué el primero que erigió estatuas y un templo á estas dos divinidades. Los Corintios honraban también al Miedo.

PAYENS ó PAGANOS (HUGO DE LOS), fundador de la orden de los templarios, era de la casa de los condes de Champana. En un viaje á Palestina, estableció en 1128, con otros ocho caballeros, la religión y milicia del Temple y fué el primer gran maestro de la orden.

PAYNE (TOMÁS). Véase PAINE.

PAZ (SANTIAGO ALVAREZ DE), nació en Toledo 1533 y entró en la Compañía de Jesús en 1555. Después de haber gobernado muchos colegios, fué nombrado visitador de Aragón y más tarde provincial del Perú. Pero habiéndose cambiado este destino fué provincial de Toledo, en cuya ciudad murió en 1580. Ha escrito muchas obras de piedad que son muy estimadas, según dice santa Teresa en un elogio que hace de este buen Padre.

PAZ (DON JOSÉ DE), pintor español, que vivía en Madrid con mucho crédito en el siglo XVIII. Entre sus muchas obras, se halla un hermoso San Julian que pintó para el convento de la Merced de esta corte, cuyo cuadro es muy apreciado por los inteligentes.

PAZZI (LOS), célebre familia gibelina, de Florencia, originaria del valle de Arno, donde poseía considerables feudos; y rival encarnizada de la de los Médicis. Como estos ponían en peligro la libertad de la república con su excesivo poder, los Pazzi afectando gran celo por la independencia de su patria, resolvieron darle su antigua constitución. Francisco Pazzi (sobrino de Jacobo que era entonces el jefe de la casa) se había establecido en Roma y llegado á ser banquero de Sixto IV; hizo alianza con Gerónimo Riario, sobrino del papa, y de concierto con él y bajo los auspicios de las cortes de Nápoles y de Roma, urdió contra Julian y Lorenzo de Médicis la famosa conspiración llamada de los Pazzi. Estalló el 26 de abril de 1478, aunque solo se realizó en parte el proyecto; Francisco Pazzi y Bandini mataron á Julian en la catedral de Florencia, pero su hermano Lorenzo se escapó, conservó el poder y castigó terriblemente á los conspiradores ahorcando á Jacobo y Francisco Pazzi y á otros ochenta de sus partidarios. Inmediatamente después estalló la guerra de los Pazzi, en la cual el papa, Nápoles y Sena atacaron á Florencia al grito de « guerra á los Médicis, paz con Florencia » (1478-80). Angelo Policiano escribió la historia de la conjuración.

PAZZI (SANTA MAGDALENA DE). Véase MAGDALENA.

PEAN, PEAN, uno de los nombres de Apolo, considerado como dios del día, y mas especialmente como médico. Se llamaban también peanes los himnos dedicados á la gloria del dios.

PEARCE (ZACARÍAS), sabio inglés, nació en Londres en 1690 y murió siendo dean de Westminster, en 1774. Es autor de un *Ensayo sobre el origen y los progresos de los templos*, y de varias obras de teología; pero es mas conocido como filólogo.

PEARCE (NATANIEL), viajero inglés, nació en 1780 en East-Acton, y murió en 1829. Pasó largo tiempo en África, vivió muchos años en Abisinia, y murió en Alejandría cuando volvía á Europa.

PEARSON (JUAN), obispo de Chester, nació en 1612 y murió en 1686. Es autor de una *Exposición de fe*, y de otros muchos escritos muy apreciados por los teólogos anglicanos.

PEAS, nombre del pastor que prendió fuego á la hoguera destinada á consumir los restos de Hércules. Este héroe le regaló su arco y sus flechas, según Apolodoro.

PECHANTRÉ (NICOLÁS DE), médico y poeta trágico francés, nació en Tolosa en 1638 y murió en 1708; escribió tragedias.

PECHMEJA (JUAN), escritor francés, nació en Villafranca (Rouergue) en 1741 y murió en 1785. Fué profesor de elocuencia en el colegio de la Flecha y en París.

PECORONE (GIOVANNI-FIORENTINO), llamado EL, novelista florentino del siglo XIV, que era, según unos, notario, fraile franciscano según otros, y también se ha dicho que fué general de la orden de San Francisco. Era guelfo y partidario del papa.

PECUNIA, diosa del dinero acuñado, que los Romanos invocaban para adquirirlo, según san Agustín. Sin embargo, Juvenal dice en la primera de sus sátiras que Pecunia ó el dinero acuñado no tenía culto ni altares.

PEDRO Y CASCAJARES (SOR MARÍA FRANCISCA DE SAN ANTONIO), señora española de ilustre familia, religiosa franciscana de la Concepción, en el convento de la villa de Cuevas de Cañarte, en Aragón. Se hizo notable por su talento. Murió en 1734, dejando escritas una *Relación de los favores que debió á Dios*, y un regular número de poesías sobre asuntos de religión.

PEDRO Y VIDAL (SOR DELFINA DE JESÚS), contemporánea y acaso parienta de la anterior, nació en Villaluengo en Aragón, y fué religiosa franciscana de su convento de Nuestra Señora de Monte Santo. Falleció en 1714, dejando manuscritas algunas obras.

PEDRO (DON), el amante de Inés de Castro. Véase PEDRO I, REY DE PORTUGAL.

PEDRO I DE ARAGON, hijo del rey don Sancho Ramírez y de la reina doña Felicia. En vida de su padre ya estaba en posesión de los estados de Rivagorza y Sobrarbe, de los cuales se tituló rey. Acompañó á su padre en el sitio de Huesca, y cuando recibió la herida mortal, juró su hijo no abandonar aquella ciudad hasta no hacerla rendir. Proclamado rey en 1094 estrechó el cerco en términos que redujo al moro al último extremo. El rey moro de Zaragoza juntó sus huestes y con sus amigos y aliados, entre ellos el conde don García y la gente del conde don Gonzalo, marchó contra los sitiadores, y dió á don Pedro una batalla en los campos de Alcoraz, en la que quedó vencido y enteramente derrotado, dejando en el campo cerca de 40,000 cadáveres. Don García quedó prisionero, y el ejército vencedor cargó con ricos despojos. El monarca aragonés mandó construir en el mismo sitio donde se dió la batalla una iglesia en honor de san Jorge, patrono de la caballería; y para perpetuar la memoria de este suceso colocó en el escudo de sus armas la cruz del mismo santo y cuatro cabezas rojas en los cuarteles, alusivas á los cuatro reyes moros y grandes caudillos que perecieron entre la multitud de la morisca. Sucedió al Cid en la conquista de Valencia, juntó un ejército numerosísimo contra la ciudad de Barbastro y ganóla, concedió el privilegio de infanzonas á los que la poblasen, y procuró que se erigiese en ella silla episcopal. Fueron tantas las victorias que ganó, que por ellas pudo titularse rey desde los confines de Castilla y Navarra, hasta lo último de Pallás. Murió este monarca en 23 de setiembre de 1104, y no dejando sucesión, pasó la corona á su hermano don Alonso, apellidado el Batallador.

PEDRO II, rey de Aragón, hijo de don Alonso II. Entró á reinar con consentimiento de su madre doña Sancha, después de la muerte de su padre acaecida en 1196. El primer año de su reinado, juntó un gran ejército en Daroca para socorrer á don Alonso, rey de Castilla, que se hallaba amenazado de los Moros. Las guerras civiles enemigas hubieran logrado destronarlo á no haber mediado personas bien intencionadas que terminaron toda clase de disensiones con feliz éxito. Fué, como sus antecesores, coronado en Roma por Inocencio III, y era tal su sumisión á la Santa Sede, que le valió el sobrenombre de Católico, que ha transmitido á sus sucesores. Hizo gracias, concedió mercedes, y llegó

á tal extremo su prodigalidad, que menoscabando el patrimonio real, tuvo que echar mano de recursos extraordinarios agraviando considerablemente á sus vasallos. En 1205 era cruel la guerra que hacían los Moros al rey de Castilla. Pedro voló á su lado, sacó la espada y le señaló el camino de la victoria. En el mismo año se verificó la toma de Odolaña, Valderas, Castro Verde y otros castillos. En 1206 se dirigieron el aragonés y el castellano contra el rey de Navarra á quien conquistaron varios castillos, y habrían penetrado en la misma corte, si Pedro para evitar la efusión de sangre no le hubiese pedido por transacción la mano de su hermana; enlace que no se efectuó por razon de parentesco. El rey don Pedro era hombre valiente y emprendedor y sus hazañas asombraban á nacionales y extranjeros. Sus hechos de armas son innumerables. Casó con doña María, señora de Montpellier, por cuyo enlace tomó posesión de aquel señorío, y de quien tuvo un hijo que se hizo mas memorable que su padre, llamado don Jaime el Conquistador. Donde mas se distinguió el valiente don Pedro fué en la famosa batalla que los antiguos denominan de Ubeda ó de las Navas de Tolosa, en la cual perdieron los Moros mas de 400,000 hombres. Por fin murió en defensa del conde de Tolosa, dejando por sucesor á su hijo don Jaime el Conquistador.

PEDRO III, apellidado el Grande, rey de Aragón, de Valencia y de Sicilia, hijo de don Jaime el Conquistador, nació en 1239: se distinguió siempre por sus proezas contra los Moros; pero su carácter envidioso le hizo cometer una falta que será un borron eterno para las páginas de su historia. Habiéndose sublevado un hermano suyo contra su padre, este mandó á Pedro que le persiguiese, y en efecto reunió sus huestes, cercó á Fernando su hermano y el Cidca fué su sepultura. Este solo hecho bastaba para privarle del renombre de Grande que se adquirió por sus hazañas. En 1275 marchó contra los Moros de Murcia, y consiguió grandes ventajas. En 1276 renunció su padre el reino en su favor y fué coronado en Zaragoza por el arzobispo de Tarragona. En 1267 se rebelaron los Moros de Valencia en Montesa, y Pedro los redujo bien pronto á la obediencia. Los Franceses que habían usurpado el reino de Nápoles y de Sicilia tiranizaban á los Sicilianos, y Pedro ansioso de gloria se propuso sacarlos de aquella esclavitud como lo verificó, y los Sicilianos le aclamaron rey. Las armas del monarca de Aragón triunfantes por mar y tierra imposierón la oponerse al torrente impetuoso de las victorias de don Pedro. Tuvo un desafío con Carlos de Anjou, rey de Sicilia, que no se verificó, según se cree, por no haber asistido á él el monarca siciliano. El papa Martín IV, adicto á los Franceses, quería que Carlos triunfara, y viéndose sin medios para auxiliarse, se vengó escomulgando al rey de Aragón, poniendo en entredicho sus estados y conpeñiendo la investidura á uno de los hijos del rey de Francia, que no tardó en hacer uso de ella. Felipe el Atravido, con un numeroso ejército, invadió los estados de Pedro, y sin embargo de haberse apoderado de algunos castillos, fué vencido y derrotado por los nuestros, introduciéndose además entre el enemigo una peste asoladora que obligó á Felipe á

retirarse á Francia. Concluida esta gloriosa campaña, fué atacado de su última enfermedad y murió en Villafranca del Penedés en 1283, dejando por sucesor á su hijo Alonso. Tan solo diremos en elogio de Pedro, que los Aragoneses le dieron el sobrenombre de Grande por el vigor de su carácter, por su sabia política y por la fortuna con que siempre dirigió sus armas.

PEDRO IV, rey de Aragón, hijo de don Alfonso IV, nació en 1319. Muerto su padre subió al trono tomando los títulos de rey de Aragón, Valencia, Cerdeña y Córcega, y el de conde de Barcelona. Empezó á ejercer su autoridad real, secuestrando todas las rentas, que la reina, su madrastra, disfrutaba en los estados de Aragón, por la prodigalidad de Alfonso, y esta fué la primera señal de turbulencias á que lo predisponía ya su carácter violento. El rey de Castilla le requirió y por fin le declaró la guerra; mas pasado algun tiempo su madrastra disfrutó de las rentas que su marido había dejado, y los dos monarcas malquistados se alieron, y con grandes fuerzas hicieron una expedición contra el rey de Marruecos, de la cual resultó la famosa victoria que alcanzaron los cristianos contra los Moros en la altura de Ceuta; victoria que selló con su sangre el valiente y denodado almirante aragonés Gilberto de Creullas. Después pasó á Avión para rendir homenaje al papa, por los reinos de Cerdeña y Córcega, y fué recibido con mucho regocijo. De allí pasó á tierras de su cuñado don Jaime con el fin de comprarle la corona. En efecto, hizo sus preparativos, y después de una guerra encarnizada logró usurparle el trono. (Véase JAIME II, REY DE MALLORCA.) Estas, pues, eran las primicias del reinado de Pedro IV. Habiendo intentado perjudicar á sus súbditos, se encendió la guerra civil. Quería abolir el derecho de la Union, y sin embargo de haber corrido con profusión la sangre, triunfaron los sublevados, y el rey se presentó como pretendiente en las famosas Cortes de Zaragoza para abolir el derecho de la Union, que consistía, entre otras cosas, en que siempre que el rey quebrantare sus fueros, pudiesen elegir otro monarca. Las Cortes accedieron á los deseos de don Pedro, y tomando entonces el privilegio de la Union, lo rasgó con el puñal y se hirió la mano, diciendo estas palabras: « Que tal fiero y fuero de poder elegir rey los vasallos, sangre de rey había de costar; » y los Aragoneses mandaron erigir una estatua en la sala de Cortes representando al rey con el privilegio en una mano y el puñal en otra, apellidándole desde entonces Pedro el del Puñal. A consecuencia de esto fué nombrado sucesor á la corona su hermano Jaime que á poco tiempo murió, según se cree, envenenado. Mandó después prender al otro hermano don Fernando y fué sentenciado á muerte. También sufrió la misma suerte don Bernardo de Cabrera, su general, ministro y favorito, sin haber cometido otro crimen que haber sido el criado de un amo poco agradecido. Mientras esto pasaba mantenían guerras con naturales y estranos. Últimamente tomó las armas contra su propio hijo el infante don Juan; pero le reconciliaron, y después de un reinado de 50 años, en medio de toda clase de turbulencias, murió en Barcelona en 1387 dejando dos hijos varones. Protegió no obstante la literatura, y fué tan aficio-

nado á las grandes asambleas que se le dió el sobrenombre de *Ceremonioso*. Su cedióle en el trono su hijo don Juan.

PEDRO I, nació en Burgos el 30 de agosto de 1334, y sucedió en el trono á su padre Alfonso XI en 1350. Su primer acto en el poder fué ceder con harta debilidad á las instigaciones de su madre, mandando encarcelar á doña Leonor de Guzman, á la que, sin otro delito que el de haber sido amada por don Alonso, se llevó de prision en prision, hasta que fué decapitada en el alcázar de Talavera. Con este primer atentado, pues no de otro modo puede caracterizarse, se captó don Pedro la enemistad de los hijos todos de la infeliz señora, de los que el mayor, que era don Enrique, conde de Trastámara, hubo de refugiarse en Asturias huyendo la cólera del rey, sin que por eso dejase de tratar con sus hermanos don Fadrique, que era maestre de Santiago, don Fernando y don Tello, señores de Lesma y Aguilár, de vengar el asesinato de su madre. Tenía mucha, si no la mayor parte, en este y los sucesivos actos de inusitado rigor á que se entregó en adelante el monarca, su privado don Juan Alonso de Alburquerque. Temiendo este su caída, al ver concitada en su contra toda la nobleza, y la intentada sedición de don Juan Nuñez de Lara atajada por su muerte, resolvió amenguar en lo posible los medios con que pudiera contar aquella para levantarse. Con este fin aconsejó al rey que aboliese de una vez las heretrías, obteniendo mansamente el beneplácito de las Cortes que al intento se convocaron para Valladolid en 1351; pero debatido largamente este punto, no se accedió á la abolición, y solo se acordó en ellas el casamiento de don Pedro con doña Blanca de Borbon. Pero estas bodas, que debieran haber sido señal de ventura, atrayéndose la alianza de la Francia, fueron causa de mayores males que los que intentaban atajarse en la liviandad del rey. Había marchado don Pedro á contener los sublevados de Asturias, donde hizo las paces con su hermano don Enrique, cuando el valido para lisonjear sus gustos le presentó en Sahagún, entre el acompañamiento de su esposa, una dama de singular hermosura: llamábase doña María de Padilla y era hija de los señores de Villagera, y fué tal la pasión que su vista sola inspiró al monarca, que loco y desatentado no paró hasta conseguir una correspondencia que le hizo olvidar los compromisos ya contraídos con doña Blanca, entregándose todo en brazos de su amor. Fruto de estas relaciones fué una hija, que nació en Torrijos á tiempo que los embajadores mandados á Francia llegaban con doña Blanca á Valladolid. En nada menos pensaba el enamorado don Pedro que en dejar el lado de la Padilla; pero Alburquerque, que lejos de hallar en ella un instrumento dócil para sus planes, veía descollar una temible rival, consiguió convencerle para que fuese á casarse con la de Borbon. Las bodas se celebraron solemnemente en Valladolid, y ya creía el privado tener por suyo al rey, cuando al tercer día corrió á unirse con la Padilla en la Puebla de Montalban; verdad es que rediendo á sus mismos consejos, volvió al lado de la reina; pero al poco tiempo la abandonó de nuevo por su querida, mandando se la arrestase en Arévalo para no volverla á ver. La caída del privado y la

elevación de todos los Padillas fueron consecuencia inmediata de este paso, si bien hijos ambos acontecimientos de la voluntad del rey, deseoso de probar su afecto á doña María, y no de las intrigas y solicitud de esta, que era querida cada día con mas intensa pasión. Parecía por lo tanto que el corazón de don Pedro se había fijado y acabábase su vejeidad; pero no era esto cosa fácil, y los sucesos demostraron bien pronto lo contrario. Retirada del mundo y entregada al recogimiento y á la virtud vivía doña Juana de Castro, viuda de don Diego de Haro, á la que por desgracia vió el rey. Era su hermosura tanta, que verla y amarla fué obra de un momento en aquel inconstante corazón; pero hallando una resistencia que no esperaba, se aumentó su ardorosa pasión, y persuadido de que nada lograría por medios ilícitos, hizo que los obispos de Avila y Salamanca, reunidos en Cuellar, le declarasen libre del vínculo contraído con doña Juana, y procedió á casarse con doña Juana; pero satisfecho el anhelo de poseerla, la abandonó. A este tiempo, y cansado de sufrir desafueros, se habían coligado Alburquerque, don Enrique, don Fadrique, don Tello y otros poderosos caballeros, á los que se unieron luego don Fernando de Castro, los infantes don Juan y don Fernando y don Juan de la Cerda. El pretesto de esta liga era el reponer á la reina doña Blanca en el lugar que le correspondía junto á su esposo, y alejar del lado de este á todos los Padillas, estando unidos en tanto para resistir las demasías y violencias del rey. Apenas tuvo noticia este de tal movimiento, fué su primer cuidado sacar á doña Blanca de Arévalo, mandándola al alcázar de Toledo; pero los habitantes de esta ciudad, vivamente conmovidos por la desgracia de la joven reina, se declararon en su favor, siguiendo á poco su ejemplo los de Cuenca, Talavera, Ubeda, Baeza, Córdoba y Jaen. Con tan poderosa cooperación reunieron los coligados hasta 6,000 caballos y correspondiente número de peones, que obligaron al rey á encerrarse en Tordesillas: abrióse después la misma reina madre las puertas de Toro, uniéndose á ellos, y fué tal la preponderancia que adquirieron, que don Pedro hubo de acceder á una transacción, presentándose en esta ciudad para tratar de ella. Tal vez habria variado entonces el aspecto de las cosas públicas y morigerádose en algo el carácter del rey, procurándose la tranquilidad, si los coligados hubiesen obrado con cordura y desoido la voz del conde y la venganza; pero pudiendo en ellos mas la pasión que la prudencia, empezaron por aislar completamente al rey, desposeyendo de sus empleos á todos los Padillas, dándoselos á caballeros de los mas pronunciados en la facción opuesta; los criados de su mayor confianza fueron presos á su misma presencia; y siempre rodeado de guardas de vista y de sus mas acérrimos enemigos, no era dueño don Pedro de su voluntad, ni podia hablar á nadie. La única libertad que se le permitía era la de salir á cazar, y aun esta con tan minuciosas y depresivas condiciones, que en vez de placer y solaz, le proporcionaba únicamente disgustos y humillaciones. Mal podia avenirse su altanero carácter á opresión tan vergonzosa, que mal su grado sufría; pero llegando á colmo la indolencia de los coli-

gados y la irritación del monarca, se aprovechó de la espesa niebla que cubría la atmósfera en una de las cacerías, y escapó á uña de caballo con unos pocos que pudieron seguirle, dirigiéndose á Segovia. La libertad del rey fué señal de nuevas y prolongadas desgracias. Temerosos de su venganza, uniéronse á él inmediatamente los infantes de Aragon y don Juan de la Cerda con varios coligados; don Fadrique se retiró á Talavera, don Tello á Vizcaya, don Fernando de Castro á Galicia, y solo quedaron en Toro don Enrique y la reina madre. Pasaba esto á fines del año, y al empezar el siguiente de 1355 se reunieron las Cortes en Burgos, ante las que hizo presente el rey el desacato cometido por los grandes contra su persona y la necesidad de castigarlos á todo trance; con este fin pidió auxilios para levantar un ejército, y el reino le concedió un servicio extraordinario de dinero para pagar la gente de guerra. Con tan poderosa ayuda y después de despedir las Cortes marchó el rey sobre Toro, de donde fué rechazado con mucha pérdida. A este tiempo, y cuando la honda division que trabajaba á los defensores de Toledo, y creyendo mas importante apoderarse de esta ciudad y de doña Blanca, volvió sus fuerzas contra ella. Sin embargo, por pronta que fué la resolución del rey, logró atajarla el de Trastámara, acudiendo apresuradamente á socorrer á su hermano don Fadrique, que se hallaba en Talavera, y mientras don Pedro se detenía en Torrijos á tratar con los que querían entregarle á Toledo, se presentaron ante los muros de ella ambos hermanos con sus fuerzas reunidas para poner la ciudad en estado de completa defensa; pero sus planes hubieron de desconcertarse por la inesperada resistencia que opusieron á su entrada los habitantes, prestando estar pendientes de negociaciones con el rey; y fué tal el enojo que causó esta conducta en el ánimo del conde, que dando rápidamente vuelta á la ciudad tras los cerros que la circundan, entró violentamente por el puente de Alcántara y dió con los suyos sobre los que se habían opuesto á su entrada, haciendo una horrible matanza en sus filas. Poco les duró, sin embargo, su efímero triunfo, porque presentándose al día siguiente el rey sobre Toledo, y apoderándose de la ciudad, á pesar de la tenaz resistencia de sus hermanos, tuvieron que huir estos á Talavera para evitar los terribles efectos de su venganza, que no tardaron en hacerse sentir. Cuantos habían favorecido los intereses de la liga, tuvieron que sufrir en mayor ó menor grado el rigor del rey, que impuso á muchos caballeros y á 22 ciudadanos la última pena. Cuéntanse con este motivo varios hechos, que á ser ciertos, justificarían el dictado de Cruel, con que ha pasado el nombre de don Pedro á la posteridad. El mas notable de ellos es el inhumano truke que dicen consistió hacer entre un joven de 15 años que se ofreció á morir por salvar á su octogenario padre que estaba entre los condenados, y cuyo sacrificio se consumió; pero el hecho mismo de no hacer siquiera mención de los nombres de ambos infelices los historiadores que hacen mérito de este acontecimiento, da bastante á entender que cuando menos es exagerado, si no falso. Apenas se tranquilizó Toledo y se condujo á la infeliz doña Blanca al cas-

tillo de Sigüenza, volvió el rey á cercar á Toro, en cuya ciudad consiguió entrar, teniendo que retirarse al alcázar la reina madre con el conde y su hermano don Fadrique; pero exhaustos ya de recursos y mantenimientos, apurado el cerco de la fortaleza cada vez con mas rigor y sabedores de que sus mismos soldados les vendían, hubo de evadirse don Enrique, huyendo á Galicia, y don Fadrique se vió reducido á hacer causa comun con los que secretamente trataban de franquear las puertas del alcázar á las tropas del rey. Los escosos que con este motivo se cometieron, asesinando en presencia de la misma reina madre á Per Estéban Carpintero, Rui Gonzalez de Castañeda y otros sujetos principales, obligaron á esta señora á huir horrorizada al lado de su hermano el rey de Portugal; y la consternación y terror que hicieron cundir tales ejecuciones, sirvieron para que todos los coligados despusiesen las armas, acogiéndose á la clemencia del rey. Un acontecimiento imprevisto ocurrido en el Puerto de Santa María, donde se hallaba don Pedro, fué causa de que la tranquilidad volviera á alterarse y tomase incremento una asoladora guerra que vino por último á costar la vida y la corona al malhadado monarca. Había este acudido á las almadrabas de San Lúcar de Barrameda para procurarse alguna distracción, cuando diez galeras de Aragon, que al mando de Francisco Perellós iban en auxilio de la Francia contra la Inglaterra, fondearon en el puerto donde había surtas dos naves genovesas cargadas de mercancías. Tentado el almirante aragonés por la esperanza de su rico botín, y prestando la enemistad en que á la sazón se hallaban Aragon y Génova, se apoderó inesperadamente de ellas á vista del rey, conculcando los respetos debidos al monarca y al amparo que les daba una nación amiga. En vano fué que don Pedro hiciese reclamar la devolución de la presa, amenazando tomar represalias, pues despreciando el almirante cuantas razones le hizo presentes Gutierre de Toledo, enviado al efecto por el rey, se hizo á la vela, dando así motivo para que se llevase á efecto la amenaza de reducir á prision y embargar los bienes á cuantos catalanes habia á la sazón en Sevilla. Demasia tan atrevida no podia menos de creerse hecha á propósito; y persuadido don Pedro de ello, envió á Gil Velazquez de Segovia, uno de sus alcaldes, para que reclamase del rey de Aragon una satisfaccion completa y la devolución de las naves, entregándole además á Perellós para castigarle; pero habiéndose negado á darla y reclamado á su vez por el atropello efectuado contra sus súbditos, sin que pudiesen venir á términos de avenencia, agriéronse las contestaciones y se declaró al fin la guerra por el castellano. Empeñado el aragonés en reprimir á la sazón la rebelion de Cerdeña, se hallaba en mucho mas desventajosa posición que su contrario; pero supliendo la intriga á la fuerza, llamó á su lado al conde don Enrique, á sus hermanos y á los demás descontentos de Castilla, con lo que hizo germinar la division y convirtió una contienda extraña en desapiadada guerra civil. La suerte, sin embargo, le fué adversa en los primeros hechos de armas, y tuvo muy á placer la intervencion del legado del papa, que procuró un armisticio, al que accedió don Pe-

dro bajo condicion de que el de Aragon espulsase de sus estados al conde de Trastámara y sus parciales. Escitados por el de Aragon y llamados por él en su auxilio, parecia natural que se hubiera opuesto á tan violenta exigencia; pero egoísta antes que leal caballero, la admitió desde luego y dejó abandonados á su suerte á los proscritos castellanos. Ventajosa era á la sazón la posición de don Pedro, que pudo muy bien haber sacado harto partido de ella; pero rodeado por todas partes de enemigos ocultos, temiendo á cada paso una asechanza, y en cada hombre una traicion, irritado con las confidencias adquiridas de los planes de varios grandes que trataban de abandonarle, no se ocupó mas que en atajar la sedición que amagaba á su trono, inmolando á los principales jefes de ella para escarmiento de los demás. Tan triste suerte cupo entre otros al mismo hermano del rey, el desgraciado don Fadrique, que fué muerto por varios hallesteros de maza en el patio del alcázar de Sevilla, y al infante de Aragon don Juan, que llamado á Bilbao, fué asimismo asesinado por los maceros del rey. Uno y otro fueron víctimas de la defeccion de sus respectivos hermanos don Enrique y don Fernando que habían hecho causa comun con el de Aragon, y de los planes de revuelta y traicion que se decía iban á llevar á efecto; pero tan escivo rigor, en que respecto á don Fadrique no tuvieron escasa parte los celos, aplicado de un modo tan ilegal y violento, sirvió solo para exacerbar los ánimos mucho mas de lo que á la sazón lo estaban, dando hasta un aspecto de legitimidad á la rebelion armada del de Trastámara y el otro infante de Aragon. Sedientos ambos de venganza, y aprovechándose del pretesto que tan sangrientas ejecuciones les depararan, acudieron con doble albrico á las armas, y escitando al aragonés para que rompiese la tregua, invadieron con su auxilio la Castilla, entrando á sangre y fuego don Enrique las tierras de Campos, Almazan y Soria, al paso que don Fernando asolaba el reino de Murcia. Destruida por entonces la flota castellana apresada contra la de Aragon á impulsos de una recia tempestad, mientras se armaba otra, llegó un nuevo legado del papa que á toda costa trataba en nombre de este de avenir á los dos monarcas cristianos. Hubo proposiciones y esposicion de agravios por una y otra parte; pero inútiles todas por las demasiadas exigencias, continuó la guerra, á que dió nuevo pábulo la declaracion de rebeldes y condenacion como tales que hizo publicar don Pedro contra sus hermanos don Enrique, don Tello y don Sancho, el infante de Aragon y demás caballeros que con ellos estaban. Furioso el de Trastámara venia en busca de su hermano con 700 caballos, cuando en los campos de Araviana, de infausta memoria por la muerte de los siete infantes de Lara, halló las fuerzas que acaudillaban los capitanes de la frontera de Sevilla. Terrible fué el choque y empeñada la lucha que se trabó; pero rechazadas al fin las tropas reales quedaron en el campo sobre 300 cadáveres, entre ellos el de Juan Fernandez de Híestrosa, favorito del rey. Sin duda hubiera costado este triunfo bien caro á los aliados, si las revueltas ocurridas á la sazón en el reino de Granada, donde fué destronado Mahomad-Yago, aliado y amigo de don Pedro, no hu-

biesen distraído la atencion de este. Firmemente decidido á lanzar al usurpador Mahomet-Aben-Alamar, por la alianza que habia hecho con el de Aragon, y la invasion de Castilla que como consecuencia de aquella llevó á cabo, tenia que reunir sus fuerzas y para ello hubo de aceptar la paz propuesta por el legado del papa, replegando todas sus tropas sobre Sevilla, para marchar contra Alamar. Pero el fallecimiento de doña María de Padilla vino á sumirle en desesperacion tan profunda, que solo se ocupó de su dolor. La corte vistió de luto de su orden, y celebráronse sus exequias en toda la monarquía con la mayor pompa y majestad; pero como si este rudo golpe hubiese contribuido á hacer mas terrible é implacable su carácter, lejos de ceder al clamor general, que demandaba se uniese á su esposa doña Blanca, le cobró tal odio y aborrecimiento que para acallar las reclamaciones y quitar todo pretesto para ella, se dice que mandó darle muerte en Medina-Sidonia por medio de un tósigo, y á despecho del gobernador don Inigo Ortiz de Zúñiga, que la custodiaba, é hizo dejacion de su destino por no sancionar tal acto de crueldad. Pasaban estos sucesos á mediados de 1361, y acallado ya su dolor á principios del año siguiente resolvió tomar á Guadix, mandando contra ella al maestre de Calatrava; pero habiendo acudido fuerzas muy superiores de los Moros se trabó el combate, que tuvo un éxito fatal para los castellanos, quedando casi todos muertos ó prisioneros. Hallábase entre estos últimos el maestre, y deseoso Alamar de granjearse el favor de don Pedro, le dió libertad y mandó embajadores para pedirle que permaneciese neutral. El mismo pasó después á Sevilla con ricos presentes, y el rey mandó decapitarle, enviando su cuerpo á Mahomad-Yago con la orden de que volviese á tomar posesion del reino, que le habia arrebatado el usurpador. La muerte de doña Blanca atribuida, según se ha referido, al rey, despertó el resentimiento de la Francia, que el de Trastámara trató de utilizar en su favor. Sabedor de ello don Pedro, y antes de que se declarase la guerra con esta potencia, creyó debia aprovecharse del descuido en que se hallaba el de Aragon, dándole un golpe que le obligase á estar después inactivo en la contienda que se preparaba. Con este objeto entró en sus estados; tomó los pueblos de Ariza, Ateca y Alhama, y cercó á Calatayud, que al fin cayó en su poder el 29 de agosto, después de haber batido las fuerzas que el mando del conde de Osuna venian á favorecerla. Habíase reunido este mismo año Cortes en Sevilla y ante ellas declaró el rey la legitimidad de su matrimonio con doña María de Padilla, haciendo se sancionase solemnemente por ellas, y que se reconociese á sus hijos don Alonso, doña Beatriz, doña Constanza y doña Isabel por herederos del trono. Pero estando en lo mejor de la guerra de Aragon recibió la noticia del fallecimiento de su hijo, con lo que se defraudaron sus mas lisonjeras esperanzas y hubo de volver á Sevilla para poner orden en su sucesion. Entonces surgió en la mente de don Enrique una idea, que aun no habia llegado á concebir. Juzgó que la irritacion de los ánimos y la precaria situacion del rey podian servirle para apoderarse de la corona, satisfaciendo así á un tiempo su

ambición y su venganza. Pero no era fácil llevar á efecto estos planes sin ajeno auxilio; por lo que aprovechándose afortunadamente de los apuros del de Aragón, que á toda priesa demandaba su ayuda, estipuló como precio de ella que había de favorecer sus pretensiones al solio castellano, dándole seguridades de que así obraría, y cuando las obtuvo, marchó con 1,500 caballos á unirse al ejército aragonés. Las ventajas que en los primeros encuentros obtuvo, y la buena voluntad que le mostraba el de Francia, le inclinaron á volver á este reino, donde tomó á su sueldo las *compañías blancas* que entregadas al pillaje vagaban por el país, después de acabada la guerra, al mando de Bertran Du-Guesclin y Hugo de Caureley. Con ellas se vino á España, y llamando á su lado á todos los descontentos, que acudieron en tropel, excepto don Fernando de Castro, entró en Castilla por la villa de Alfaro, y se apoderó de Calahorra, cuyas puertas le abrieron el obispo de ella y Fernán Sanchez de Tovar. Ya había precedido á este paso una conferencia que hubo en Zaragoza entre don Enrique y el rey de Aragón, en la que se había capitulado lo que de Castilla se había de dar á este, así que aquel se apoderase de ella, y que la infanta doña Leonor, hija del monarca, se casaría con don Juan, hijo del conde. Con tales precedentes no dudaron los caudillos aragoneses aconsejar á este se hiciese aclamar rey de Castilla, así que se apoderaron de Calahorra. Reunió don Enrique el consejo, en el que animado por Du-Guesclin, á quien imitaron también los demás jefes, consintió al fin en consumir el despojo de su hermano, y los gritos de *Castilla, Castilla por el rey don Enrique* se oyeron por primera vez. Corría entonces el año 1366, y el rey encerrado en Burgos no se atrevía á intentar cosa alguna, porque desconfiando de cuantos le rodeaban, temía á cada paso por su vida: una traición nueva, multiplicadas defeciones, y los triunfos de don Enrique que de continuo llegaban á sus oídos, aumentaban todavía más el peligro de su situación; y llegó esta á ser tan precaria, que rechazando de propia voluntad las ofertas que se le hicieron en la población para defender su persona y su causa á todo trance, salió de ella para Sevilla, absolviendo antes del juramento de fidelidad á los ciudadanos, que abrieron en seguida las puertas al victorioso usurpador. Dueño ya de toda Castilla la Vieja, creyó don Enrique era llegado el momento de apropiarse la dignidad real, y para ello se procedió á su coronación, que se verificó con el mayor entusiasmo y solemnidad en el monasterio de las Huelgas de Burgos. Con la ocupación de Toledo, que realizó sin resistencia alguna, quedó don Enrique en posesión de lo principal del reino, y vióse obligado don Pedro á abandonarle, pasando á Portugal. Las continuas gracias y recompensas que el nuevo rey empezó á derramar á manos llenas, atrajeron á su partido á los más enemigos y afirmaron por entonces su posición, hasta tal punto, que así que tomó á Córdoba y entró en Sevilla, despidió á las *compañías blancas*, que había traído de Francia, quedándose solo con 1,500 lanzas al mando de Bertran Du-Guesclin. Entretanto el infeliz don Pedro, expulsado de Portugal, cuyo rey se negó á darle ayuda y auxilio, se dirigía

con su desgraciada familia á Galicia, donde el tan generoso cuanto ofendido don Fernando de Castro le recibió favorablemente, reuniendo un ejército de 2,000 infantes y 900 caballos, que puso á su disposición. Pero el destronado rey no quiso fiar su suerte á tan escasas fuerzas, y partió á Bayona con el fin de implorar la protección del rey de Inglaterra. Estaba en ella el caballero príncipe de Gales, parv quien todo lo noble y generoso tenía un aliciente irresistible, y halló muy propio de sus hidalgos sentimientos el ayudar á un rey desvalido contra sus rebeldes súbditos, hasta colocarle otra vez en su trono; se lanzó en la demanda con todo el calor de la juventud, previa la autorización del rey su padre. Armas, dinero, tropas y mantenimientos, todo fué facilitado por él con la mejor voluntad, y unidos sus esfuerzos á los de Castro y los pocos parciales de don Pedro, presentaron casi instantáneamente un ejército, que hizo vacilar en su mal seguro trono al usurpador. Pasada ya la frontera de Navarra, los pueblos de Castilla empezaron á pronunciarse en favor de don Pedro, temiendo los efectos de su rigor, y su presencia vino á decidir á los más pusilánimes, que abandonaron á don Enrique con la misma presteza que antes se habían declarado por él. Entonces conoció este cuán de ligero había procedido al despedir las tropas extranjeras, únicas con que á todo trance podía contar; trató sin embargo de aparentar una confianza que no tenía, y reuniendo en Burgos 4,500 caballos con su correspondiente infantería y los auxilios que le habían acudido de Francia, salió en busca de su competidor. Después de varias marchas combinadas y cuando menos se esperaba llegaron á avistarse ambos ejércitos en las inmediaciones de Najera, á las márgenes del río Najerilla; donde trabada furiosamente la pelea, y abandonado don Enrique de parte de los suyos, y entre ellos de su mismo hermano don Tello, hubo de sucumbir al mayor número, á pesar del heroico valor de que hizo alarde, huyendo derrotado y casi solo á acogerse en Francia, donde dió rienda suelta á su desesperación. Victorioso don Pedro y recuperado el perdido poder, era de esperar que amaestrado por la desgracia, procurara captarse el amor de sus vasallos por medio de la clemencia y un generoso perdón; pero inexorable en su justicia y arrasado por su impetuoso carácter, el castigo de los principales rebeldes siguió inmediatamente al triunfo que acababa de obtener. No holgaba don Enrique entre tanto en el vecino reino. Popular en él por haberse declarado vengador de la infortunada doña Blanca, y teniendo la propiedad de atraerse todas las voluntades por su afable carácter, sus liberalidades y la generosidad con que premiaba á cuantos le servían, logró concitar en su favor al rey, al conde de Fox y al duque de Anjou. Muy pronto se halló á la cabeza de un ejército, pero lucido ejército, cuyo número se aumentaba de día en día con los descontentos que venían de Castilla y los que temían los rigores del justiciero ó vengativo rey. Ocurrió por entonces que no habiendo cumplido don Pedro la palabra empeñada al de Gales de darle el señorío de Vizcaya, y descontento este además con el proceder del monarca, se volvió con sus tropas á Inglaterra. Aprovechándose oportu-

namente don Enrique de este acontecimiento que debilitaba en tanto grado el partido del rey, pasó los Pirineos, y atravesando velozmente el valle de Andorra y todo el Aragón, llegó á las riberas del Ebro, sin que nada se le opusiese. En este sitio, y sabedor de que allí empezaba la tierra de Castilla, se apeó del caballo, y haciendo en tierra una cruz dijo besándola: «Juro que nunca en mi vida, por necesidad que me venga, saldré de Castilla, antes esperaré allí mi muerte ó estaré á la ventura que me viniere;» con lo que entusiasmadas sus gentes partieron á Calahorra, donde entraron el día 8 de mayo de 1378. Su marcha desde entonces fué una sucesión de triunfos: en Burgos le recibieron procesionalmente y en medio del mas ferviente júbilo; Leon se le entregó después de una corta resistencia; las principales ciudades de Asturias, Castilla y Andalucía le aclamaron soberano y por todas partes se le rindió homenaje, hasta que en Toledo halló una resistencia que á pesar de las inteligencias que en la ciudad tenía, no le fué dado vencer. Don Pedro, á quien la defensa de tan importante plaza volvió en algo la confianza ya muy perdida por la defección de Córdoba y lo poco que le servía la ayuda del rey moro de Granada, que le había enviado tropas, se decidió á acudir en socorro de la leal ciudad, aventurando su suerte en el éxito de una batalla. Junió para ello su hueste compuesta en gran parte de moriscos, y partió de Andalucía para Montiel, donde se detuvo á organizar sus fuerzas y adquirir noticia de las enemigas; pero don Enrique, á quien no se había ocultado este movimiento, juzgó que solo un golpe atrevido podía hacerle dueño de la victoria, evitando que se engrosasen las filas del ejército de don Pedro. Con tal intento dejó encargado el cerco de Toledo al arzobispo don Gomez Manrique, y tomando solo 2,400 caballos, por no retardarse con la infantería, á cuya fuerza se unieron en Orgaz 600 lanzas francesas, que al mando de Bertran Du-Guesclin venían en su ayuda, cayeron impensadamente y con el mayor denuedo sobre el campo de don Pedro, que abandonado cobardemente por los Moros se vió reducido á acogerse con sus fieles castellanos al castillo de Montiel. Esta victoria obtenida en 14 de marzo de 1379, puede decirse que decidió la suerte de don Enrique, á quien los pueblos todos de la monarquía se apresuraban á rendir homenaje, clamándole por su rey y señor. Encerrado en tanto el desgraciado don Pedro entre los muros de Montiel, en cuyo círculo había establecido su hermano una vigilancia suma y constante, se veía en la mas triste situación. Exhausto de toda clase de recursos, desprovisto ya hasta de los primeros artículos de mantenimiento, con un enemigo implacable al frente, y asaltado del mismo temor y desconfianza hacia los suyos que habían sido el tormento de toda su vida, solo pensaba en sacar á salvo la vida, única ventaja á que podía aspirar. En mal hora hubo de valerse para ello de un Men Rodríguez de Sanabria, caballero muy leal y de cuya fidelidad estaba seguro, el que por haber militado con el jefe de los Franceses Bertran Guesclin conservaba relaciones amistosas con él. Al amparo de ellas, y deseoso de servir á su legítimo y desvalido rey, no dudó Sanabria pedir al francés

una conferencia en su tienda, y otorgada, le ofreció de parte de don Pedro los señorios de Soria, Almazan, Montesagudo, Atienza, Deza y Meron con 900,000 doblas de oro, si protegía su huida del castillo. Halagado el extranjero creyó sin duda que todavía podía sacar mejor partido de don Enrique, cuya liberalidad era notoria, dándole parte del suceso; y convenido con sus amigos en hacerlo así, obtuvo él la promesa de iguales mercedes y otras aun mayores si conseguía atraer el destronado monarca á su tienda. Con semejante fin aparentó el breton acceder á los deseos de Sanabria, previniéndole era necesario que acudiese el rey á su tienda al caer la noche del 23 de marzo, y que desde ella sería conducido con segura escolta á un lugar donde nada tendría que temer. Muy ajeno el infortunado rey á la felonía del mal llamado caballero breton, se apresuró á llenar en todo los deseos de este, y saliendo á la hora prefijada solo con tres caballeros de toda su confianza, pasó á la tienda del villano extranjero que le vendía. Pero las reticencias del francés y su tardanza en conducirlo infundían ya sospechas en don Pedro, que iba por lo tanto á volverse al castillo, cuando avisado secretamente de Trastámara, se presentó furioso en la tienda lanzando invectivas contra el hermano, á quien ya ni siquiera conocía. No faltó sin embargo quien le dijera: «Ahí está vuestro enemigo. — Yo soy, contestó arrogantemente el rey;» y una lucha encarnizada se empezó brazo á brazo, y con las dagas entre ambos hermanos sedientos de sangre, lucha que hubiese terminado en contra de don Enrique, que llevaba lo peor de ella, si Du-Guesclin no le hubiese prestado su ayuda, faltando á las leyes de la caballería, de modo que pudo clavar su daga en el corazón de don Pedro. La suerte de Castilla quedó decidida en aquella terrible lucha, y de la arena enrojada se alzó fratricida y triunfante el que había de ser rey. La sangre y el polvo cubrían su semblante, y hubo un instante de tan angustiosa vacilación, como horrenda había sido la que precedió al éxito del combate; pero la voz del de Trastámara resonó vivamente, y el brío de alegría pasó por la frente la homicida mano, como si quisiera afirmar la corona sobre su sien. Tremenda en todo la justicia de Dios, que al hombre no es dado residenciar, puede dudarse si tan desastrosa muerte fué un castigo á los desmanes de un rey á cuyo nombre ha dado el vulgo el dictado de Cruel, ó si mas bien debe conceptuarse como una desgracia mas, entre las muchas que amargaron la vida del monarca infeliz. Pero cualesquiera que fuesen sus faltas, es lo cierto que nunca ni con nada puede paliarse la villana traición que le puso en manos del de Trastámara, ni la muerte que le dió este con su propia daga. Por lo demás, es indudable que la posteridad no ha hecho justicia á don Pedro. Violento de genio y acerbada su vida con las continuas defeciones de los grandes, y las pretensiones de los nobles, la traición velaba en su derredor y la desconfianza minaba su existencia. Debitas las noticias que tenemos de su reinado al cronista Pedro Lopez de Ayala, acérrimo partidario de don Enrique, no es extraño que mirase con pasior y escribiese con parcialidad los hechos de su monarca, cuya muerte era preciso legitimase en algun modo, pues que había si-

do dada por la persona misma á quien tenía que encomiar. Esto no podía conseguirse sino concitando en su contra los corazones generosos á fuerza de hacerle odioso por su crueldad. El rigor extremo de que usaba el rey en su justicia, y su desenfrenada pasión á las mujeres, daban por otra parte harto pábulo á cuantas atrocidades quisieran achacarle, y Ayala supo aprovecharse oportunamente de estas circunstancias. Y si en el día y nuestros ojos, cuando la civilización y las luces han hallado cabida hasta en las mas infimas clases, desfigura de un modo tan notable los hechos el interés de partido, ¿qué no sucedería entonces que ningun medio de publicación había para el vulgo, ni existían los recursos y conocimientos que hoy abundan para el establecimiento de la verdad? Acátase como héroe por unos al que otros apellidan malvado; ensalzánse las acciones que los contrarios califican de crímenes: vélanse los abusos con el colorido del público bien: y no hay delito, no hay hecho alguno por culpable que sea, que cometido por un hombre de partido no halle disculpa y paliativo entre los de su bandería y opinion. Y siendo esto tan constante, ¿qué razon ha de haber para prestar un ciego asentimiento al único contemporáneo de don Pedro, cuyos escritos han llegado á nuestras manos? Y si á la circunstancia de ser el único se añade la de enemistad declarada y profunda con el monarca, al paso de la necesidad en que se hallaba de adular al hombre de quien era partidario y cuyo reinado empezó con la muerte de su hermano, se concebirá con cuánto mas apoyo y fundamento debe dudar el escritor imparcial de esos inhumanos y casi increíbles hechos que se atribuyen al llamado por ellos don Pedro el Cruel. Cuando llegue á descubrirse el paradero de la crónica que de su reinado se dice escribió Juan de Castro, obispo de Jaen, también contemporáneo suyo, y que no figuró entre los partidos de la época, podrá formarse un juicio exacto y fundado del verdadero carácter del desventurado don Pedro; hasta entonces y mientras no haya otros datos que los suministrados por su enemigo personal Ayala, á que se han referido casi todos los que han escrito de las cosas de España, lícito debe ser, y aun así lo exige la justicia, que no se sancione ese dictado tan odioso ni se crean los inhumanos hechos que se le atribuyen. Harta desgracia tuvo en verse cercado durante su vida de asechanzas, motines y traiciones, que al fin le condujeron á la muerte, sin que su memoria se infame en la historia, cuyas páginas hoy mas que nunca deben ser dictadas por la mas severa imparcialidad.

PEDRO I, llamado *el Grande*, czar ó emperador de Rusia, nació en 1672, y era el hijo tercero de Alejo. Por muerte de su hermano primogénito Fedor II en 1682, fué colocado en el trono por los grandes, postergando á su segundo hermano Ivan II; mas después, la rebelion de los Strelitz le obligó á admitir por colega á aquel príncipe (1682 al 96), y reconoció también por coregenta á su hermana Sofia (1686 al 89); pero muerto Ivan y presa Sofia, quedó dueño absoluto del imperio, y se propuso libertar, engrandecer y civilizar á la Rusia. Para conseguirlo, visitó las naciones mas cultas é ilustradas: en 1697 emprendió su viaje acompañado de Lefort; fué prime-

ro á Holanda, y allí aprendió el oficio de carpintero de ribera ó de navío, trabajando como un simple obrero en el astillero de Saardam, con el nombre de Peter Michelof; pasó después á Inglaterra, en donde eligió ingenieros hábiles para que trazasen y abriesen el canal desde el Don al Volga. Una nueva rebelion de los Strelitz le obligó á regresar á Rusia en 1698, y mandó degollar á 4,000 de aquellos revoltosos soldados. Fundó á San Petersburgo en 1703, se unió luego con el rey de Polonia, Augusto II, contra Carlos XII, y aunque fué batido por este muchas veces (1705, 1706, etc.), consiguió por último vencerle en Pultava (1709). En 1710 volvió á tomar á la Suecia, la Livonia, la Esthonia y la Carelia, y marchó luego contra los Turcos aliados de Carlos XII; pero se dejó cortar sus comunicaciones, en Houch, y solo debió su salvacion á su esposa Catalina que compró la paz en 1710. En 1713 conquistó la Finlandia, y el Alaud en 1714, después de conseguir una victoria naval. Durante estas guerras, no cesó de ocuparse en llevar á cabo su pensamiento de grandes reformas; mejoró la administracion de justicia, la policia, creó una marina, fomentó la industria fabril, estableció el santo Sínodo en lugar del Patriarcado, y fundó la Academia de las ciencias de San Petersburgo; pero oscureció su gloria, condenando á muerte á su hijo primogénito Alejo que se oponía abiertamente á sus reformas (1718). En 1721 hizo con la Suecia la paz de Nystadt, por la que conservaba todas sus conquistas, y en 1723 quitó algunas provincias á la Persia (el Daghestan, Chirvan, Mazenderan y Asterabad). Murió el 8 de febrero de 1725 de una enfermedad vergonzosa, y le sucedió su esposa Catalina I. Pedro mereció el dictado de Grande, por sus vastas empresas; pero fué de carácter violento, disoluto y cruel. Con demasiada frecuencia se complacía en ejecutar por sí mismo las sentencias de muerte que dictaba. Voltaire ha redactado una *Historia de la Rusia bajo el cetro de Pedro el Grande* (1759-63), que es muy poco estimada: Halem ha publicado en aleman la *Historia de Pedro el Grande*, Mauster, 1803-1805, 3 vol. en 8º.

PEDRO II, hijo de Alejo, y nieto de Pedro el Grande, tuvo el título de czar desde 1727 á 1730, y murió de viruelas á la edad de 15 años. Su reinado no ofrece mas acontecimiento notable que la desgracia de Menzikoff. Le sucedió Ana Yvanovna.

PEDRO III, emperador de Rusia, hijo de Carlos Federico, duque de Holstein-Gottorp, y de Ana, hija de Pedro el Grande, nació en 1728; fué hecho gran duque en 1742, contrajo matrimonio con la famosa Catalina de Anhalt-Zerbst, con la que vivió muy mal, subió al trono en 1762 y repentinamente cambió la política del gabinete. Hizo la paz con Federico II, rey de Prusia, y se unió con él, reformó varios abusos y creó algunas instituciones útiles; pero desagradó á los Rusos por rodearse de extranjeros. Se disponia á repudiar á Catalina, mas aquella princesa le obligó á abdicar, se hizo proclamar emperatriz con el nombre de Catalina II, y siete dias después mandó ahogar á su marido en la prisión en que se encontraba. Mas tarde aparecieron dos falsos Pedros III. Véase POUT-GACHEF.

PEDRO, llamado MAUCLERC, conde de

Bretaña, hijo de Roberto, conde de Dreux, casó con Alice, hija de Guido de Thouars y heredera de la Bretaña, por cuyo matrimonio llegó á ser regente de la Bretaña (1213-1237), y le sucedió su hijo Juan I cuando llegó á su mayor edad. Marchó dos veces á las cruzadas (en 1240 y 1247), y murió al regresar á Francia en 1250. Su genio díscolo y su mala fe le granjearon el sobrenombre de Mauclerc. Había tenido parte en diversas rebeliones y ligas contra la regenta Blanca.

PEDRO DE COURTENAY, conde de Auxerre y de Nevers, emperador francés de Constantinopla, era primo de Felipe Augusto. Cuando murió Enrique I fué llamado para sucederle (1216), y se puso en camino; pero vendido por los Venecianos en el sitio de Durazzo, cayó en manos de Teodoro Ángelo, que después de dos años de prision, le hizo morir en 1219. Yolanda, su segunda esposa, gobernó durante su cautiverio.

PEDRO EL ERMITAÑO, natural de Amiens, era noble. Dejó las armas para tomar el sayal, emprendió la peregrinación de la Tierra Santa en 1093, volvió por Roma con una carta de Simeon, patriarca de Jerusalén, para el papa, y pintó con tan vivo colorido los padecimientos de los cristianos en Oriente, y las profanaciones del santo sepulcro, que Urbano II le encargó preparase los ánimos para la primera cruzada. Pedro recorrió el Occidente descalzo, con una cuerda en la cintura y el crucifijo en la mano, y por todas partes conmovió las poblaciones. Cuando se resolvió la cruzada en el concilio de Clermont (1095), se puso con Gautier-sans-Avoir á la cabeza del primer ejército de los cruzados; sin víveres y sin dinero, perdió mucha gente en Hungría, en Bulgaria, en el Asia menor, y llegó casi solo á Constantinopla. Concurrió al sitio de Antioquia (1098), y murió en 1115 en el convento de Neu-Moutier (cerca de Huy, en la diócesis de Lieja) que él mismo había fundado.

PEDRO EL VENERABLE ó DE CLUNY, llamado así porque fué abad y general de la orden de Cluny, era natural de Auvernia, y de una familia ilustre. Dió ejemplo de todas las virtudes, restableció la mas severa disciplina en sus conventos, fué el protector de Abelardo y el antagonista de los herejes, y murió en 1136 á los 65 años de su edad. Escribió algunas cartas y tratados.

PEDRO DE ABANO, médico y astrólogo, era natural de Abano cerca de Padua, nació en 1250 y murió en 1316; ejerció la medicina en Padua con gran reputación. Fué acusado de magia y condenado á ser quemado, pero murió antes de la ejecución.

PEDRO LOMBARDO ESCOLÁSTICO.

Véase LOMBARDO.

Véase SAN PEDRO.

PEDRO I, rey de Portugal, hijo de Alfonso IV, nació en 1320, y á los 49 años casó con Constanza de Castilla, que murió en 1345. Entonces el príncipe viudo se unió con una de las damas de honor de Constanza, llamada Inés de Castro, en matrimonio secreto, y tuvo de ella tres hijos y una hija. Dos íntimos confidentes del rey, Alvarez Gonzalez y Pedro Coelho, juraron perder á Inés, y lo consiguieron diciendo al monarca, que don Pedro, su hijo, trataba de asegurar la corona á los hijos que

de ella había tenido, y don Alfonso vengativo por naturaleza mandó asesinarla, siendo los asesinos Gonzalez y Coelho, que la traspasaron á puñaladas, refugiándose en España, temiendo la ira del príncipe. Muerto don Alfonso, ocupó el trono don Pedro, y por medio de una alianza con el rey de Castilla, consiguió apoderarse de los asesinos de Inés, que sufrieron justamente un suplicio horroroso. Hizo publicar su matrimonio con Inés, y le erigió un magnífico sepulcro en el monasterio de Alcabaza. Fué don Pedro un gran monarca; castigó severamente el adulterio; disminuyó los impuestos y publicó útiles reglamentos. Murió en Estremoz en 1367 de edad de 48 años, y fué enterrado cerca de su querida Inés. Su muerte fué muy sentida, como puede juzgarse por esta máxima que repetía con frecuencia: «Un rey que deja pasar un solo día sin hacer bien, no merece el nombre de rey.» Tenía un talento despejado; cultivó la poesía con acierto, y se encuentran de él muchas composiciones. Le sucedió en el trono un hijo de Constanza, llamado Fernando; pero muerto este sin sucesión, subió á ocuparlo un hijo de otra querida que tuvo después de muerta doña Inés de Castro. Don Fernando Lopez ha escrito la historia del rey príncipe bajo este título: *Historia del rey don Pedro I de este nombre, llamado el Justiciero*.

PEDRO II, rey de Portugal, hijo tercero de Juan IV, nació en 1648. Alfonso VI su hermano, que reinaba bajo la tutela de su madre, casó con la princesa María de Saboya Nemours, y en vez de tratarla como merecía su alta jerarquía, se mostraba desdeñoso y le hacia toda clase de desprecios. Don Pedro, sensible á la desgracia de la joven reina, procuró consolarla, y deseaba con ansia ocasiones en que serle útil. La conducta imprudente de Alfonso le había hecho odioso á sus súbditos; el hermano se aprovechó del estado de los ánimos, y consiguió hacerse declarar regente del reino en 1667. Este tiempo la joven reina consiguió de la corte de Roma autorización para casarse con don Pedro, que habiendo empuñado con mano firme las riendas del gobierno, celebró la paz con Inglaterra y España, terminando la desastrosa guerra que afligía á Portugal hacia 26 años. Hizo florecer el comercio y las artes, y logró restituir la calma y la abundancia en sus estados. A pesar de esto no tomó el título de rey, hasta que falleció su hermano en 1683. En aquel mismo año tuvo el dolor de perder á su esposa, de quien tenía una hija; pero forzado por las representaciones de los grandes á pensar en un nuevo enlace, casó en 1687 con una princesa de Baviera que le dió un hijo que le sucedió. En 1703 concibió la idea de conquistar algunas provincias de España, y efectivamente se había apoderado de las principales ciudades de Estremadura, cuando murió en Alcántara en 9 de diciembre de 1706 de una apoplejía. Favoreció la agricultura, y fundó en las márgenes del río de la Plata la colonia del Sacramento.

PEDRO, rey de Hungría, llamado el Aleman, por preferir aquella nación á las demás. Subió al trono por las intrigas de Gisela, viuda de Esteban I. Exoneró de los empleos á todos los grandes, para concederlos á extranjeros rendidos á sus crímenes, y acabó de hacerse odioso con su

crueldad y sus vicios. Causados de su dominación los condes húngaros, le forzaron á retirarse á Alemania, y eligieron en su lugar á Aha, conde de Esteban I, que apenas se había sentado en el trono, empezó á cometer toda clase de crímenes. Sus súbditos imploraron la protección del emperador Enrique III, que habiendo penetrado en Hungría con un numeroso ejército, venció á Aha y mandó cortarle la cabeza. Protegido entonces Pedro por el emperador, volvió á ocupar el trono; pero como no le hubiese servido de lección lo sucedido, se ocupó en indagar quiénes eran los autores de su destierro. Muchos perecieron en los suplicios, y los demás buscaron un asilo en Polonia. Esto fué causa de que estallara otra conjuración, llamando los descontentos á Andrés, que era de la sangre real. Este se puso al frente de los sublevados, y habiendo sorprendido á Pedro, hizo que le sacasen los ojos, y que le encerraran en un calabozo, donde murió al cabo de tres días en 1047.

PEDRO, rey de los Búlgaros, apellidado CALO-PEDRO ó Pedro el Hermoso, nació en Valaquia, y fué con su hermano Azan el fundador del segundo reino de Bulgaria. Los dos hermanos proyectaron libertar á los Valacos y á los Búlgaros del yugo á que estaban sometidos por los Griegos, y lo consiguieron, salvándose milagrosamente Isaac Ángel, que ocupaba entonces el trono. Algun tiempo después, Azan fué asesinado por un tal Ibanco, y toda la autoridad soberana recayó en Pedro, quien se valió de ella para vengar á su hermano; pero fué asesinado también á pocos días, y tuvo por sucesor á otro hermano llamado Joanicé ó Juan I, apellidado Calo-Juan, cuyos sucesores se mantuvieron en el pequeño reino, hasta que le conquistaron los Turcos en 739, después de la batalla de Nicópolis.

PEDRO II, rey de Sicilia, sucesor de Federico I, reinó desde 1337 á 1342. Había sido escluido de la sucesión de su padre por un tratado celebrado en 1302 entre este príncipe y Carlos II, rey de Nápoles, en virtud del cual debía volver la Sicilia á la casa de Anjou después de la muerte de Federico. Pero este convenio, así como otros muchos posteriores, fué mal observado por el rey de Nápoles, y Federico, libre así de su juramento, hizo coronar en 1321 á su hijo don Pedro para asegurarle la sucesión, y á los dos años le casó con la hija del duque de Carintia. Habiendo muerto su padre, subió á ocupar el trono; pero á poco tiempo su mal gobierno le malquistó con los personajes mas distinguidos de su reino. Corrompido por una educación puramente cortesana, solo encontraba en la alta categoría el deseo de satisfacer sus pasiones, y los condes de Vintimiglia y de Leutino se rebelaron contra él, y Roberto, rey de Nápoles, se aprovechó de esta disensión para atacarle con una escuadra considerable, de la que triunfó don Pedro; pero mas tarde la Sicilia entera parecía estar á punto de ser conquistada, cuando don Pedro murió en 8 de agosto de 1342. Dejó un hijo de menor edad, que bajo la tutela del duque de Raudazzo, su tío, se afirmó de nuevo en aquel trono vacilante.

PEDRO (ANTONIO JOSÉ PEDRO DE ACÁNTARA, llamado DON), emperador del Brasil, nació en 1798 en el palacio de Queluz, era hijo del regente de Portugal (después Juan VI), á quien siguió al Brasil en su emigración el año de 1807. Vacilando su padre en decidirse por los constitucionales ó por los serviles, le delegó sus poderes, y el joven príncipe salvó el trono aceptando la Constitución de las Cortes. Cuando Juan VI volvió á Lisboa nombró á su hijo gobernador del Brasil, y en 1822 fué proclamado emperador constitucional independiente del Brasil. A la muerte de su padre heredó la corona de Portugal en 1826, restableció en este país el régimen liberal otorgando la *Carta portuguesa*, y añadió en favor de su hija (doña María de la Gloria de edad de siete años), dejando la regencia del reino á su hermano don Miguel, 1827; pero apenas se había alejado de las playas de Portugal cuando don Miguel se apoderó del trono. El emperador descontento á sus súbditos de América por los dispendiosos sacrificios que les obligó á hacer para restablecer á su hija, y en 1831 tuvo que abdicar también la corona del Brasil en favor de su hijo que fué proclamado emperador con el nombre de Pedro II. Vuelto á Europa levantó tropas en Francia y en Inglaterra, y á su cabeza reconquistó Portugal (1832), arrojó del trono á su hermano don Miguel, y volvió á poner la corona en las sienes de su hija. Poco después murió en 1834. Estuvo casado, primero con la archiduquesa de Austria María Leopoldina, y luego con Amelia, hija del príncipe Eugenio de Beauharnais, duque de Leuchtenberg.

PEDRO REGALADO (SAN), nació en Valladolid y tomó el hábito de San Francisco en la misma ciudad, siendo el ejemplo y admiración no solo de sus compañeros, sino tambien de todos sus compatriotas. Le fué concedido el don de la profecía y el de milagros. Es patron de Valladolid, en cuya ciudad se celebra con la mayor suntuosidad y magnificencia el día 13 de mayo. Falleció este santo en el año 1456.

PEDRO AD VINCLÁ (SAN), en los Hechos de los apóstoles refiere el evangelista san Lucas, que viendo el rey Herodes los complacidos que estaban los Judíos por haber quitado la vida á Santiago, determinó poner en la cárcel á san Pedro; pero el Señor se dignó oír la súplica de la Iglesia que oraba por su pastor, y le dió libertad por medio de un espíritu especial que hizo perder toda esperanza á los Judíos y al mismo Herodes, el día 1.º de agosto.

PEDRO PASCUAL (SAN), fué canónigo de Valencia su patria, distribuyó sus rentas entre los pobres y se hizo religioso de Nuestra Señora de la Merced. El papa Urbano IV le condecoró con el arzobispado de Granada, cuyos cargos cumplió con vigilancia verdaderamente pastoral. Padeció martirio por los Moros cuando se hallaba celebrando misa el día 23 de octubre del año 1300. Es patron de Valencia, donde se venera su cuerpo.

PEDRO (SAN), presbítero, natural de Écija, y UBALADONIO, diácono. Estos dos santos pasaron á Córdoba, donde sobresalieron en ciencias y virtudes, y predicaron la fe de Jesucristo en compañía de otros cuatro amigos, Sabiniano, Uvitero, mundo, Hebenio y Jeremías. Todos seis fueron atormentados cruelmente por el perseguidor de los cristianos, que finalmente mandó que los degollaran el día 7 de junio del año 842.

PEDRO (SAN), en latin *Petrus*, en hebreo *Cephas*, llamado el Príncipe de los apóstoles, era hermano de san Andrés. Nació en Galilea, casó con una mujer llamada Perpetua, de cuyo matrimonio tuvo á santa Petronila, y su oficio era pescador. Fundó con san Pablo el imperio de Jesucristo, y ambos murieron en Roma labrando con su sangre los fundamentos de la Iglesia militante. Estuvieron presos por orden de Nerón, padecieron horribles tormentos, y finalmente recibieron la corona del martirio, san Pedro clavado en la cruz con la cabeza abajo, y san Pablo degollado, el día 29 de junio del año 69.

PEDRO, MÁRTIR (SAN). Prevenido del Señor este ilustre santo con gracias singulares y especiales, apenas sabia hablar cuando ya pronunciaba con claridad y devoción el símbolo de la fe católica. Después se hizo religioso dominico, y tuvo el cargo de inquisidor, cuyas dos cualidades le proporcionaron mil ocasiones de defender la misma fe de que desde niño hizo alarde. Por último, padeció un cruel martirio á manos de los verdugos enviados por los enemigos del catolicismo. Falleció el día 29 de abril del año 1252. Al siguiente le canonizó Inocencio IV.

PEEL (SIR ROBERTO), célebre estadista inglés, hijo mayor de sir Roberto Peel, que habia reunido una fortuna inmensa como fabricante de algodón, y representó por espacio de 28 años el pueblo de Tamworth en la cámara de los Comunes, donde su probidad y su conocimiento de los negocios le daban grande influencia. Murió á los ochenta años, cuando su hijo mayor era ya ministro de lo Interior. Sir Roberto Peel nació el 5 de febrero de 1788 en un pueblecito de las cercanías de Chambers-Hall, cerca de Bury. Estudió en el colegio de Barron, donde tuvo por condiscípulo á lord Byron, que se expresa en estos términos en una carta publicada por Tomás Moore: «Peel ha sido compañero mio de clase; siempre estuvimos en buena armonía; pero su hermano era mi íntimo amigo. Siempre dió á sus maestros y condiscípulos grandes esperanzas, que se han realizado. Como escolar era superior á mí; pero en la declamación y en la pantomima pasaba yo por estar á igual altura; él sabia siempre sus lecciones, yo muy pocas veces.» En 1809 entró en el parlamento como representante de Cashel. No tenia mas que veinte y dos años; pero el primer discurso que pronunció tuvo tal éxito, que le formó inmediatamente una posición. En 12 de setiembre de 1812 fué nombrado primer secretario para la Irlanda, donde se atrajo la enemistad de los católicos por la rapidez con que desempeñó la comisión que el gobierno le habia confiado. Pocos años después, fué presentado el bill que lleva su nombre (Peel's bill), destinado á aumentar el crédito del banco y la circulación del numerario. En 1824, después de la dimisión de lord Sidmouth, entró en el ministerio de lo Interior, que desempeñó hasta 1827. El año de 1826 es importante por la carrera de aquel grande hombre de estado, porque entonces fué cuando comenzó á ocuparse en la reforma del código criminal. Cuando la retirada de lord Liverpool en 1827 trajo á Canning á la cabeza del gobierno, sir Roberto Peel y el duque de Wellington hicieron su dimisión, volviendo á entrar en el poder después de la corta administración de Mr. Canning, en el

mes de enero de 1828, lord Wellington como primer ministro, y sir Roberto Peel como ministro de lo Interior. En 5 de marzo de 1829 propuso sir Roberto á los Comunes la emancipación de los católicos; pero mas adelante, como le recordaran un día esta medida, declinó el honor de haber tomado la iniciativa. «Este honor, dijo, pertenece á otros mas que á mí. Pertenece á Fox, á Crattan, á Plunkett, á los individuos de esta cámara que están en la oposición (los whigs), y á mi ilustre amigo que ya no existe (mister Canning). Merced á sus esfuerzos, y á pesar de la oposición que hice la primera vez que se trató de este asunto, llegó á triunfar la medida.» No recordaremos la lucha que tuvo que sostener con el rey, que acabó por ceder al fin; pero los torys, anunciando ya lo que debían hacer mas tarde, se mostraron mas intratables. Sir Roberto Peel se vió obligado á hacer dimisión como representante de la universidad de Oxford; pero reelegido inmediatamente por el pueblo de Wesbury, conservó el departamento de lo Interior. Habiendo la revolución de 1830 dado inesperadamente á las cuestiones parlamentarias y á las cuestiones políticas grande importancia, el ministerio de lord Wellington, que no era de opinión que debía de refundirse enteramente la cámara de los Comunes, hizo su dimisión, comenzando entonces la gran campaña de sir Roberto Peel, como jefe de la oposición conservadora. Durante su viaje que hizo á Italia, fué derribado bruscamente el gabinete de lord Melbourne, y llamado sir Roberto Peel por lord Wellington, compuso con una rapidez extraordinaria un ministerio, donde hizo entrar hombres que por su influencia y sus talentos no tenían que temer ningún género de oposición; pero al volver á encargarse de los negocios declaró que, habiéndose pronunciado alta é incontestablemente la opinión pública en favor de la reforma, no habia ya que vacilar, y consultó sobre ella al país entero. El manifiesto que dirigió entonces á los electores de Tamworth hizo gran sensación; porque sin indicar claramente su proyecto, los consejos que daba á los torys probaron que estaba decidido á no dejarse adelantar por ningún partido en la via de las reformas practicables. Las elecciones aumentaron la fuerza numérica de los torys; pero la oposición era todavia temible, y en la gigantesca lucha que tuvo que sostener sir Roberto Peel contra los radicales, los whigs y los liberales irlandeses, fué donde adquirió esa autoridad parlamentaria que conservó hasta la muerte. Derrotado en fin, sobre la cuestión de la apropiación de las rentas de Irlanda, presentó su dimisión en el mes de abril de 1835, y no volvió á ocupar el poder hasta el mes de agosto de 1841, después de la famosa discusión que derrocó al ministerio de lord Melbourne. En esta discusión en que se sintió dueño anticipadamente del poder, el grande hombre de estado espuso por la primera vez categóricamente los principios que debían servir de base á su gobierno, reivindicando la parte que le cabia en las reformas comerciales consumadas, ó á lo menos intentadas sudazmente en 1825 por Mr. Huskisson. En aquella época todo el mando estaba lejos de creer que pudiese próximamente triunfar la doctrina del libre cambio. Así fué, que la claridad de la profesión de fe económica que